

EDUARDO GRÜNER

Sartre contra la corriente

Argumentos para un retorno

MAREA
EDITORIAL

Prólogo de Alejandro Horowicz



Grüner, Eduardo

Sartre contra la corriente : argumentos para un retorno / Eduardo Grüner ; Prólogo de Alejandro Horowicz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.
264 p. ; 23 x 16 cm. - (Contracorrientes / Horowicz, Alejandro ; 4)

ISBN 978-987-823-122-8

1. Ensayo. 2. Biografías. 3. Ensayo Filosófico. I. Horowicz, Alejandro, prolog. II. Título.
CDD 800

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Debret Viana

Comunicación: Verónica Abdala

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Coordinación editorial: Florencia Acher

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Foto de tapa: Sartre le habla a los obreros frente a la fábrica Renault,
en las afueras de París, 1970.

Corrección: Natalia Valcarce

© 2026 Eduardo Grüner

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-122-8

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Es bueno que de vez en cuando aparezca un hombre libre...

M. MERLEAU-PONTY

A nadie le está permitido decir estas sencillas palabras: yo soy yo. Solo los más libres pueden decir: yo existo. Y eso ya es demasiado.

JEAN-PAUL SARTRE

Tenemos la literatura para que sobreviva la protesta humana.

JEAN-PAUL SARTRE

Cierta manera práctica de arrojarse hacia las cosas, de anunciarse a sí mismo por el horizonte.

JEAN-PAUL SARTRE

MAREA
EDITORIAL

Prefacio

Sartre: por qué y cómo

A principios de la década del sesenta cuando empezaba a estallar la fiebre estructuralista, uno de los putativos obispos de la nueva religión, Roland Barthes, advirtió que cuando de nuevo hiciera falta una ética se volvería a Jean-Paul Sartre. El estructuralismo, en efecto, fue una suerte de antihumanismo estetizante en una época que parecía saturada de historia, de política, de “compromisos” y, por supuesto, de marxismo. Nadie fue más claro que Claude Lévi-Strauss en la explicitación de ese significado: en *El pensamiento salvaje* (1962), como se recordará, aboga por la disolución del Hombre en las circunvalaciones químicas del cerebro y se autodefine como un esteta completamente desinteresado de los juicios morales, etcétera. No nos apresuraremos a escandalizarnos: no dejaba de ser, en parte una reacción necesaria, o al menos comprensible, ante aquella saturación historicista, ultrahumanista, subjetivista y moralizante. Y el que esto escribe, debemos confesarlo, es tan admirador de Lévi-Strauss como de Sartre (por muy diferentes razones, está claro). El problema es que, habiendo acertado en tantas otras cosas, Lévi-Strauss esta vez yerra en la elección del adversario, que es inequívocamente Sartre, como queda manifiesto en el último y conclusivo capítulo de *El pensamiento salvaje* (1962), enteramente dedicado a una refutación extrañamente violenta y sarcástica de, la hacía poco publicada, *Crítica de la razón dialéctica* (1960).

¿Por qué nos atrevemos a decir que, esta vez, Lévi-Strauss se equivoca? Porque el “humanismo” de Sartre —que sin duda existe— *no es*

el que el gran antropólogo le imputa (y en este sentido se equivocarán también Louis Althusser o Michael Foucault). Como intentaremos mostrar, pese al gran malentendido producido por *El existencialismo es un humanismo* (1946), la obsesión sartreana por comprender a los hombres y mujeres *singulares y concretos* –obsesión presente ya en *El ser y la nada*, que retornará en la *Crítica de la razón dialéctica*, pero sobre todo se intensifica en su novelística, en su dramaturgia, en su crítica de la política, en los monumentales ensayos “biográficos” sobre Jean Genet y Gustave Flaubert– nada tiene que ver con un humanismo abstracto, pleno de buenas intenciones, pero vacío de determinaciones materiales, tal como llegaba del pensamiento burgués “progresista” del siglo XIX o incluso de ciertas variantes marxistas.

Este es uno de los muchos equívocos que este libro procurará, no digamos despejar, pero al menos interrogar. Por ejemplo: “El infierno son los otros” –su frase quizá más citada y, por ello mismo, más malentendida–, lejos de ser una declaración de nihilismo, pesimismo o desesperación misantrópica, se puede entender como una apasionada –y por tanto más rigurosa– *recusación* filosófico-política del sentido común de las “buenas gentes” y de la *Mala Fe* de aquellos que quieren persuadirse a sí mismos de que, aun en una sociedad crasamente *injusta* y hasta *genocida* como la que ha producido la civilización de los Amos, el Bien terminará triunfando por su propio peso. Y bien, no: en semejante *situación*, el tema filosófico y literario por excelencia (lo afirma Sartre *con todas las letras* en su *San Genet*)¹ no es el Bien sino el Mal, que no son –lo iremos viendo– dos entidades absolutas e incommunicables, sino que su relación dialéctica se asemeja a la que hay entre El Ser y la Nada.

Por estas y tantas otras razones, como lo hemos dicho alguna vez, Sartre es *insoportable*. Queremos decir: no hay un *soporte* estable, tranquilizador, desde donde transmitir la experiencia de su lectura. Está, por supuesto, y para empezar, la cuestión de su *estilo* y de su pertenencia –más bien, su *impertinencia*– genérica, ambos inclasificables: en la filosofía de Sartre hay más de literatura y, en su literatura, más filosofía de la que la mayoría de los profesores de esas disciplinas son capaces de tolerar. Y es en el *cruce*, en la *contaminación*, en el *desvío*, aun en el

¹ Sartre, Jean-Paul: *San Genet, comediante y mártir*, Buenos Aires, Losada, 1964, pág. 651.

desvarío de una relación *corporal* y proliferante con las palabras-conceptos, donde hay que buscar el vértigo, por momentos el *descontrol* que precipita su lectura.

Es decir: todo lo que él ha pretendido, en cierto modo, es transmitir su propio *desaprendizaje* de las evidencias del pensamiento, la filosofía y la cultura occidental. Y no es que Sartre *reniegue* de esa cultura: justamente, eso sería demasiado fácil, y demasiado ingenuo. No, lo que hace Sartre es el *striptease* de Occidente (la expresión es suya: se la recordará saltándonos a los ojos en el prólogo de *Los condenados de la tierra* [1961], de Frantz Fanon), incluso hasta llegar a su *violación*: les arranca a jirones –y sin desechar la más asombrosa elegancia dialéctica– sus coquetos ropajes civilizatorios para mostrar los trapos sucios que se ocultan debajo.

La política de la escritura de Sartre, pues, es la de colocarse en el centro mismo de la contradicción viviente que es Occidente, y en particular el Occidente capitalista, colonial, racista, patriarcal, opresor. En este sentido y pese a todas sus diferencias –con frecuencia expresadas con violencia–, su *dialéctica de lo concreto* no está tan lejos como parecería del Adorno de la *Dialéctica negativa*: su lugar de enunciación está en el eterno conflicto de los conceptos consigo mismos a través de la irreductibilidad de los objetos. Es esa variante especial de su existencialismo (que, aunque se desprenda de ellos, nada tiene que ver con el de Martin Heidegger, Karl Jaspers o muchísimo menos Gabriel Marcel, aunque sí y mucho, extrañamente, con el de Søren Kierkegaard, como ya discutiremos) lo conducirá, a la larga, al marxismo; si bien a una versión notoriamente “abierta”, heterodoxa y aun hereje respecto del materialismo dialéctico “oficial”, del cual será un crítico implacable (y cuyos cultores no le perdonarán).

No es nuestro propósito, en lo que sigue, elaborar una hagiografía acrítica de una figura por la que sentimos una admiración que ya dura más de medio siglo (alguna vez confesamos que nos hemos pasado toda una vida fracasando en imitar a Sartre), sin que ella impida los señalamientos críticos que él no hubiera rechazado; puesto que entre las contradicciones en las que se instalaba estaban aquellas consigo mismo, como él lo dijo en más de una ocasión. Como se verá, no nos privaremos de objetarle ciertas posturas de su trabajo filosófico, en especial sus excesos de “conciencialismo” y sus relaciones más que ambivalentes

con el psicoanálisis freudiano. Sin embargo, esas “falencias” –si se nos disculpa la pretensión de llamarlas así– son relativamente secundarias frente al enorme valor crítico de su pensamiento. Y es esto último lo que nos importa recuperar en este momento.

“Este momento” es el de una profunda degradación de la cultura y del lenguaje –en el contexto, desde ya, de una profunda degradación de la sociedad y la política–. “Este momento” es el que necesita imperiosamente, como decía Barthes, el retorno de una ética estrechamente vinculada a una política de transformación radical y de “crítica de todo lo existente”, según el célebre enunciado de Karl Marx –en el contexto de un nihilismo conformista que ha logrado aplastar todo espíritu crítico–. Solo ese deseo extremo de radicalidad puede aspirar a que algo se salve: las tibiezas de un progresismo del “justo medio”, en la situación a la que ha llegado el mundo, no son otra cosa, en el mejor de los casos, que ingenua complicidad con lo peor. Si Sartre es hoy un “perro muerto” (como decía también Marx de Hegel) es justamente porque ese *nombre-de-autor* simboliza aquel deseo del que hablamos, aquella voluntad de compromiso con la verdad, aunque sepamos que esta es una construcción interminable. Ese nombre, entre otros, representa lo que falta en el mundo y que debe ser recuperado. Nuestra pascaliana apuesta, sin garantías previas, es que podamos *empezar de nuevo* a debatir descarnadamente qué mundo queremos, o si vamos a resignarnos a que el mundo se desvanezca no con una explosión sino con un gemido, parafraseando el gran poema de T. S. Eliot. Sartre, sin ser desde luego el único, es un estímulo incomparable para esa empresa.

Fue más que difícil decidir cómo organizar este libro. La obra de Sartre es inmensa, plural y multifacética (tratados de filosofía, textos de teoría literaria o teatral y de crítica política, novelas, cuentos, obras de teatro, biografías, comentarios sobre pintura y escultura, guiones de cine, y hasta letras de canciones para Juliette Gréco). Como decíamos más arriba, la potencia de su estilo, su escritura única hasta en el uso de los signos de puntuación, hace desesperante cualquier intento de sistematización –y ese es uno de sus grandes atractivos–. Sobre esa obra, por otra parte, hay bibliotecas enteras escritas por amigos, enemigos o meros interesados: sería una pretensión pedantesca querer decir algo

Introducción

El Hombre (Sartre) en *situación*

Situación: tendremos que hablar mucho, en varios lugares de este texto, sobre esta palabra, que es todo un (complejo) concepto filosófico, político, histórico. Digamos por ahora: para Sartre, el Hombre (y por supuesto la Mujer: el sujeto humano)² solo es comprensible en su *situación* concreta. Esta idea no tiene nada que ver con el célebre, y anterior, “Yo soy yo y mis circunstancias”, de José Ortega y Gasset. El Yo de Ortega es una abstracción metafísica que ni siquiera puede ser singularizado por sus circunstancias: se trata de un enunciado formal. El sujeto sartreano, por el contrario, pretende ser plenamente *histórico-concreto*: su situación lo explica más a él que él a su situación. Con lo cual, no queremos decir que el sujeto esté por completo *determinado* por su situación; para poner en cuestión —entre otras cosas— ese potencial determinismo es que aparece en Sartre la categoría de la *libertad* (que también está *situada*, es decir, es siempre libertad “condicional”). Y para eso está una de las sentencias más famosas de Sartre: “No se trata de lamentarnos de lo que la Historia nos ha hecho, sino de preguntarnos qué somos capaces de hacer nosotros con eso que nos ha hecho”.

2 Sartre, en sus tiempos políticamente incorrectos, siempre habla de “el Hombre” (a veces con, a veces sin, mayúscula), refiriéndose a la humanidad: lo vamos a respetar en su literalidad, aunque hoy sea discutible. Por otra parte, sería fastidioso aclarar cada vez que lo citamos que se debe incluir a la Mujer. Lo damos por aclarado de aquí para siempre.

En fin, ya hablaremos de todo eso en los capítulos correspondientes. Este pequeño preámbulo era solo para explicar por qué dedicaremos la primera entrada de este libro a introducir algo de las relaciones del hombre Sartre con su(s) *situación(es)*, puesto que la regla, desde luego, vale también para él.

Este no es un texto biográfico ni lo será este capítulo; no nos detendrán los detalles de la vida biológica, psicológica ni social de Sartre: para ello hay excelentes biografías que el/la interesado/a puede consultar.³ Sobre su obra escrita (sea ensayística o ficcional), tenemos todo el resto del libro para abundar. Lo que pretendemos hacer aquí es explorar los principales cruces, o mejor, *encrucijadas*, por así decir, entre el sujeto Jean-Paul Sartre y una serie de *situaciones* (históricas, políticas, culturales, etcétera) que resultaron decisivas para su obra.

Sartre nació en el año 1905 y murió en 1980. Casi simultáneamente a su nacimiento, en un lugar muy lejano de Europa, la Rusia zarista, se estaba produciendo un primer ensayo de revolución socialista. La intentona resultó momentáneamente fallida, pero dejó la secuela de grandes enseñanzas y novedosas formas de organización política revolucionaria (principalmente los *soviets*), que fueron capitales como parte de las condiciones “subjetivas” que contribuyeron finalmente al triunfo de la revolución que sí se hizo efectivo en octubre (o noviembre, según el calendario gregoriano ruso) de 1917. Sartre había ya cumplido doce años. No tenemos noticias de que en ese entonces supiera nada sobre la toma del Palacio de Invierno por parte de los bolcheviques dirigidos por Lenin y Trotsky (que un niño apenas púber, aun siendo Sartre, se interesara por algo así en la Francia burguesa de la campaña hubiera sido altamente improbable). Pero significativamente –según nos informa esa extraordinaria autobiografía sartreana titulada, con todo acierto, *Las palabras* (1964)– es en ese preciso momento que decide ser escritor. Lo cual significa no solamente escribir, y deseablemente publicar, sino tener una *vida* de escritor. O, con mayor precisión –aunque a los

³ Las mejores, a mi gusto, son las de Cohen-Solal, Annie: *Jean-Paul Sartre*, Barcelona, Anagrama, 2005, y Jeanson, Francis: *Jean-Paul Sartre en su vida*, Barcelona, Barral, 1974. Eso, en lo que concierne a una estricta biografía. Pero, en otro sentido, son insuperables las referencias a la vida de Sartre contenidas en los cuatro volúmenes de las *Memorias* de Simone de Beauvoir.

doce años él no se haya todavía apropiado de esa palabra: una *existencia* totalmente atravesada por la escritura. Y más aún (ya explicaremos esto más adelante), por la *acción* de la escritura, según la concibe Sartre. Aunque no adjudicaremos causalidades indemostrables, nos gusta pensarlo así: Sartre *nace* durante una revolución que fracasa y *se hace* durante otra que triunfa. Hacerse es una victoria mayor que nacer.

Demos un pequeño salto. Si bien lo devora una intensa pasión literaria (de niño ya escribe cuentos y poemas), puesto ante los umbrales de la universidad elige la filosofía —que, de todos modos, ya lo veremos, es para él una alta forma de literatura—. En la década del treinta lo encontraremos de joven profesor de esa materia en un par de escuelas de provincia. Es en esa época, también, que cultiva algunas de sus grandes (y con frecuencia ambivalentes) camaraderías: Paul Nizan, Raymond Aron, Albert Camus, Maurice Merleau-Ponty y, sobre todo, es el inicio de una relación amorosa, asimismo “literaria”, absolutamente decisiva, *radicalmente* decisiva para el resto del medio siglo que le tocará vivir con Simone de Beauvoir, “Castor”, como la apodan en el círculo de intelectuales que ambos frecuentan. La relación es intensa, profunda, pero no excluyente. Desde el principio se ponen de acuerdo en distinguir entre el amor *necesario* —el que hay entre ellos— y los amores *contingentes* —todos los demás, que en el caso de Castor son tanto hombres como mujeres—. En fin, a los efectos de este texto, no tiene mayor importancia; solo lo hemos mencionado para mostrar cómo, aun en el terreno de la intimidad, se instala de arranque el “mito” de la más completa libertad (lo llamamos “mito” no para menospreciarlo o minimizarlo —cualquier estudiante de antropología aprende rápidamente la importancia de los mitos—: más bien porque, si bien el mito pertenece al registro de lo imaginario, no deja, como veremos, de producir efectos *materiales*).

Inducido por Raymond Aron, Sartre descubre, deslumbrado, la fenomenología de Husserl. Cree ver allí —¡por fin!— una forma de filosofar que no disuelve su potencia en las nebulosas de la pura Idea (aunque veremos que más tarde se producirá un muy productivo “retorno a Hegel”) y aborda de frente el mundo de las *cosas en sí*, ese que Kant había etiquetado como “incognoscible”. Aunque el resto de su producción filosófica —en particular *El ser y la nada* de 1943— será un esfuerzo continuo para primero “corregir” y luego liberarse definitivamente de Husserl y así poder construir su propia fenomenología “existencial”, en

este momento, principios de los años treinta, se trata de una fiesta para la vocación plenamente *materialista* de Sartre, que, como sabemos, con el correr de los años se resolverá en un intento –parcialmente fallido, pero extremadamente interesante– de articular las peculiaridades de su “existencialismo” con una renovación crítica del materialismo histórico de Marx: el monumento levantado a esta búsqueda son los dos gruesos tomos de *Crítica de la razón dialéctica*, el primero de los cuales aparecerá en 1960.⁴

Pero no nos adelantemos. Estamos todavía en la década del treinta y Sartre, entusiasmado con las nuevas perspectivas que para la fenomenología estaba abriendo Martin Heidegger (su libro *Ser y Tiempo*, que resultó una especie de *tsunami* en el campo filosófico europeo, es de 1927), viaja a Alemania para tomar clases con ese “maestro”, ya devenido un verdadero gurú. Hitler ya está en el poder y es conocida la adhesión de Heidegger al nacionalsocialismo, si bien más que nada por el lado “revolucionario” de las SA, lo cual le hará perder en buena medida el favor del régimen. Sin embargo y curiosamente (a esta altura se puede decir que Sartre ya es genéricamente “de izquierdas”), no encontramos en sus escritos ni aun en los que se podrían llamar “autobiográficos”, la más mínima referencia a estos contextos. Tal vez su deslumbramiento inicial con la fenomenología heideggeriana lo haya enceguecido para todo lo demás –es lo que ocurre con el exceso de luz– o simplemente la política todavía no fuera, como lo será pronto, un tema central de su vida. En todo caso, no podemos saberlo y no es cuestión de especular sin fundamentos.

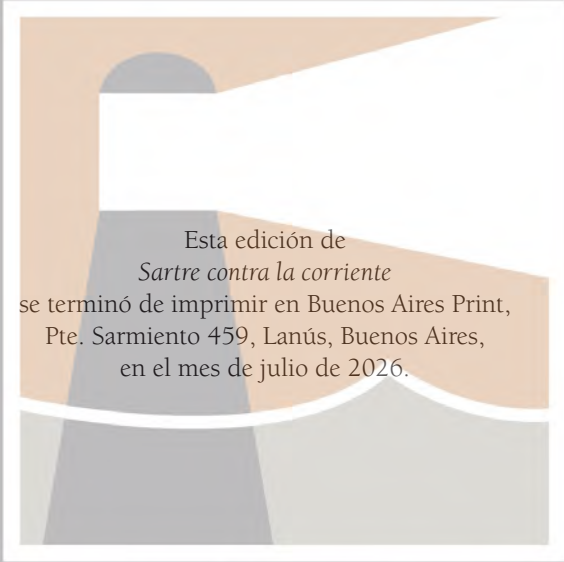
Regresado de Alemania, Sartre empieza a publicar sus primeros textos filosóficos (*La trascendencia del ego*, *Lo imaginario*) y sus primeras ficciones (la novela *La náusea*, el libro de cuentos *El muro*). Ya hablaremos de ellos en su debido momento. Lo que nos importa ahora es recordar que no pasará mucho tiempo luego de su vuelta para que “el cielo se derrumbe”, como lo dice en alguna parte.

⁴ La edición en castellano de la editorial argentina Losada puede inducir a confusión, ya que divide el primer tomo de 1960 (de editorial Gallimard de París) en dos. El segundo tomo de la edición francesa recién se va a publicar después de la muerte de Sartre, gracias a la reconstrucción ordenada de apuntes y fragmentos que hacen sus discípulos y, principalmente, su hija adoptiva Arlette Elkaim-Sartre.

Índice

Sartre, instrucciones de uso	
Como si se tratara de un prólogo.....	11
Prefacio. Sartre: por qué y cómo	15
Introducción. El Hombre (Sartre) en situación	21
La(s) época(s) de Sartre. Del ascenso del nazismo al fin de la guerra de Vietnam. La resistencia, Argelia, Cuba, el Congo, el Tribunal Russell, Mayo de 68, etc. Los debates filosófico-políticos de la época. Comunismo y macartismo.	
I. Bases y puntos de partida para la filosofía sartreana	41
De la fenomenología al marxismo, vía el existencialismo. La cuestión de lo imaginario, <i>El ser y la nada</i> , <i>En-Sí</i> , <i>Para-Sí</i> , <i>Para-Otro</i> . El Proyecto. Mirada, Angustia, Libertad y Mala Fe. El “error” de <i>El existencialismo es un humanismo</i> .	
II. Contra el marxismo “congelado”: la <i>Crítica de la razón dialéctica</i>	61
La serie y el grupo-en-fusión. <i>Totalización</i> , <i>Destotalización</i> , <i>Retotalización</i> . Rebelión y revolución.	
III. El Tercer Mundo, o el Otro absoluto	85
Existencialismo, marxismo y Tercer Mundo: el colonialismo como sistema. La cuestión de la “negritud”. El prólogo a Fanon. Emancipación y violencia.	

IV. La continuación de la filosofía por otros medios: los grandes ensayos biográficos	109
Baudelaire, Mallarmé, Genet, Flaubert, el mismo Sartre.	
V. Sartre y la teoría literaria: el perpetuo malentendido	133
Las grandes preguntas. ¿Qué es la literatura? ¿Qué es escribir? ¿Para qué se escribe? ¿Para quién se escribe? Prosa versus poesía. Drama y tragedia. El arte no-literario.	
VI. La literatura del propio Sartre	161
Las obras de teatro, las novelas, los cuentos. De cómo se encarna la filosofía y se piensa la literatura.	
VII. Sartre y el psicoanálisis. Ambivalencias del Sujeto, entre la conciencia y el Inconsciente	185
El inconsciente, ¿sí o no? El Sujeto como campo de batalla. El combate contra el Yo.	
VIII. No hay Sartre sin Castor (apuntes sobre Simone de Beauvoir)	207
El lugar fundacional de <i>El segundo sexo</i> . Las novelas de Simone: ¿Sartre aplicado o autonomía en el mismo campo? Las <i>Memorias</i> : la mejor lectura crítica del “sartrismo” (no correspondida).	
IX. Sartre y nosotros (todavía)	231
¿Hay un “sartrismo” argentino? La “nacionalización” sartreana. Las ambivalencias de <i>Contorno</i> , y varios etcéteras.	
Breve conclusión (imposible): Y, sin embargo, Sartre	253
(¿Retorno de lo reprimido?).	
Agradecimientos	259



Esta edición de
Sartre contra la corriente
se terminó de imprimir en Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de julio de 2026.

MAREA
EDITORIAL